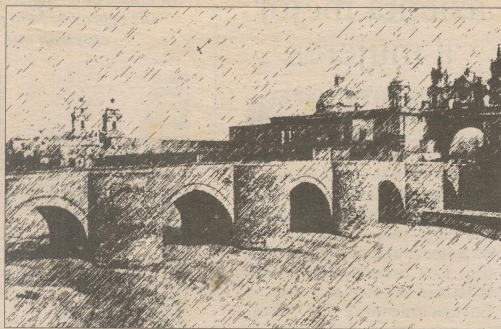


OPINION

San Lázaro

Felipe Buendía



Caminante, ve despacio que el tiempo te pisa los talones. Tú no conoces San Lázaro. Es la plaza más olvidada del mundo. Y la más bella.

Deja que te lleve de la mano porque el prejuicio de tu corazón es muy hondo. Y sólo verás el conjunto ruinoso de un templo de extrañísimo campanario cónico; pilastras rosadas, ventanales apersianados, las lumbreras negras, el atrio que abarca la plaza de aljibe de labrada piedra con un farol que está allí desde 1563, en que el barrio era lazareto y reducto de indios.

En las bancas se juntan viejos amantes y enfermos que dicen: "Oh céfiro, tráeme siempre el olor de la calle en que habito, estoy mal y languidecente, ese aroma aliviará mi corazón"; y el mendigo que se postra en el quicio del portal clama: "Oh, tú, rico, dame un poco de tu oro que no será tuyo para siempre..."

Como si uño hubiese recorrido la inmensa ruta de un país nebuloso, la mirada acaba en esa pequeña plaza que enriquece la mirada de golpe cuando atraviesas el puente en la bullente ciudad, y se abre el

cuidadoso abanico de su recinto que ocupa el fin de la perspectiva del jirón Trujillo.

Escoge el invierno para que la paloma de tu corazón vuele a la cruz del campanario, y allí verás el inmenso destierro de los techos, los reflejos de las terrazas dormidas...

Está a pie firme la pulpería y, al lado, desplomándose, un corrido balcón sinuoso.

El río hierve cerca y los collados que guardan la Alameda se encadenan detrás de San Lázaro... así que, emprende la caminata lateral del templo por las viejas calles sin destino y mira esos simulacros de ábside, tristes como el amor que a la hora del poniente funda un deseo extraño... y la torre del campanario en el esmalte de la tarde parece detener el viento y adormecer el dolor.

En ese barrio de tabernas y solares, de casonas echadas a perder por la hora del reposo eterno, dicen que nuestra vida es un insalvable enigma, y la ambición es el único pecado, porque la paciencia implora tu amistad... te lo dicen las ebrias paredes de la pobreza, mientras los chiquillos patean pelotas...

DISLATES

Honestidad y honradez

Héctor Vargas Haya

Se nos preguntará ¿qué de incorrecto tienen las palabras **honestidad** y **honradez**? Nada. Sencillamente, pretendemos resaltar la sutil diferencia existente en la acepción de los dos vocablos, utilizados indistintamente, como si tuvieran estrictamente el mismo significado.

La honestidad es una cualidad lindante con el pudor, el aislamiento del pecado terrenal. Honestas son las hijas de María, las monjas y las doncellas.

Dicen algunos puristas del idioma que honestas pueden ser, también, aquellas autoridades temerosas de actuar, de invertir o de gastar por temor a ser acusadas de actos ilícitos.

Honrado, en cambio, es el hombre probo, que procede con

rectitud e integridad en el obrar. Pues la honradez es el buen comportamiento en el uso de los bienes ajenos, públicos privados. Honrado es el que no miente, no estafa, no roba, no hace mal uso de la función pública, el que no se enriquece ilícitamente.

Existe de hecho; más que sutil, una clara diferencia en el significado de honesto y honrado. La honestidad es recato, pudor, alejamiento, abstención, temor al pecado. Honradez, es la cualidad de honrado, del hombre probo y recto, de quien no teme actuar donde sea, seguro de su rectitud. Claro está que comúnmente se utiliza los dos términos, indistintamente, sin embargo, dentro del purismo es mejor aceptar la sutil diferencia existente.